

DOS REPRESENTANTES ARGENTINOS MUERTOS EN LA GUERRA

(Roberto J. PAYRO, para *La Nación*)

Dos víctimas – que sepamos hasta ahora – ha tenido la República Argentina en la presente guerra europea, que yo llamo « *el Diluvio universal de sangre* ».

La primera es el vicecónsul argentino en Dinant, fusilado, o mejor dicho ametrallado por los alemanes, el 23 de agosto ; la segunda el vicecónsul y canciller del consulado general argentino en Amberes, muerto por una granada la primera noche del bombardeo de dicha ciudad.

Nuestro país ha comenzado, pues, a pagar su tributo de sangre en esta lucha feroz entre la mal disfrazada autocracia y los principios de independencia y libertad. Y esa dolorosa contribución no será desgraciadamente la única ... (...)

*

(...) Volvamos ahora, para terminar con él, al hecho del fusilamiento de M. Himmer, y a lo que las autoridades militares alemanas han intentado obtener de la viuda, dama que a pesar de sus años ha sabido desplegar una admirable energía en la temible emergencia.

Mme. Himmer, junto con las demás mujeres prisioneras, fué conducida bajo la amenaza del revólver, a la abadía de los Premontreses. Allí permanecieron cuatro días, privadas de comodidades y sin comer ...

El gobernador militar alemán de la plaza de Namur, requerido por su gobierno para informar acerca de las aclaraciones reclamadas por el gobierno argentino, la sometió después a un extraño interrogatorio. Por orden de este gobernador, Mme. Himmer se trasladó el 21 de septiembre, en un automóvil, acompañada por el senador belga y concejero municipal de Dinant, Dr. Cousot, de Bouvignes, adonde se había refugiado después de ser puesta en libertad y del saqueo de su casa, al hotel de Namur. Recibióla el general-gobernador, acompañado por un civil, quien, según se le dijo, era auditor militar.

El general la interrogó respecto de la muerte de su marido y Mme Himmer repitió lo que más arriba ha podido leerse.

Como el general le insinuara que habiendo los habitantes de Leffe tirado sobre las tropas alemanas, esto excitó a los soldados, cuyos actos de furor quedaban legitimados así, Mme. Himmer replicó

asegurándole formalmente que era falso, y que el oficial comandante de las fuerzas que los habían aprehendido, había tomado en persona por el brazo a M. Himmer y hecho detener a los hombres y adolescentes que los acompañaban.

- *Lo reconocería inmediatamente si lo pusieran en mi presencia* – insistió la dama.

Se le preguntó en seguida. si su marido o sus dependientes estaban armados.

- *Ninguno de ellos* - contestó - *tenía arma alguna pues el temor de las represalias los aterraba hasta el punto de que, desde días antes, casi todos permanecían agazapados en el fondo de sus sótanos.*

El senador Cousot afirmó entonces bajo palabra de honor que todas las armas habían sido depositadas en la municipalidad antes del 10 de agosto.

El general preguntó en seguida con acento irónico a Mme. Himmer si sabía lo que había pasado después de su arresto.

- *Como quiere usted que pueda informarlo a ese respecto* – contestó la señora – *si estaba prisionera y he seguido estándolo cuatro días ?*

- *Cuando volvió usted a ver a su marido ?*

Esta pregunta hizo dar un salto de dolor a la pobre viuda.

- *Que cuando lo he visto !* – exclamó – *Mi hija y*

yo, a falta de hombres, hemos escarbado el suelo para encontrar su cadáver, enterrado como el de un perro, a setenta centímetros de profundidad, y nuestros esfuerzos resultaron inútiles, porque había « ciento cuarenta y dos » vecinos sepultados con él ! ...

En efecto, la viuda de M. Himmer no encontró los restos de su marido sino el lunes 4 de octubre, cuando se hizo la exhumación general de los ejecutados en Dinant.

En el interrogatorio el general alemán objetó a Mme. Himmer que la misma suerte cabía a los soldados de su ejército, a lo que la valerosa mujer contestó con energía :

- M. Himmer no era soldado !

Es de oírla y admirarla cuando explica :

- Mi resistencia parecía exasperar a esos señores, que esperaban obligarme a reconocer que los oficiales alemanes son incapaces de entregarse a semejantes horrores, y ni siquiera a autorizarlos ! ... Se me interrogó de pie, como una verdadera culpable, hasta que al fin, cansada, acerqué una silla y me senté.

Hay que recordar que Mme. Himmer es una anciana y que, sólo por eso, se le deberían respetuosas atenciones ...

Entretanto, el Dr. Cousot acababa de recordar al general y al auditor el hecho ocurrido el 23 de agosto,

de que las tropas alemanas se hiciesen una trinchera con sus prisioneros, mujeres y niños, y de que, durante tres horas, no hubieran cesado de tirar sobre los franceses, que no habían contestado, por humanidad !

El general alemán, cuyo nombre es conocido por el ministro argentino en Bélgica, Dr. Alberto Blancas, que seguramente lo habrá comunicado al ministro de relaciones exteriores en Buenos Aires, se mostró, en suma, muy disgustado con estas declaraciones, y ordenó luego una investigación que, según mis informes, es tendenciosa y trata de echar tierra, mucha más tierra que los 60 centímetros, sobre la tumba del vice-cónsul argentino en Dinant, Sr. Himmer.

Esforzóse por hacer declarar a la viuda que el incendio de la fábrica podía ser muy bien obra de los soldados franceses pero la anciana le probó que eso era completamente imposible puesto que ella y los suyos habían atravesado el establecimiento, de extremo a extremo, a las 5 de la tarde del 23 de agosto, sin ver el menor síntoma de incendio, que sólo comenzó a las 6 de la mañana siguiente. Además, cuando se removieron los escombros, se encontró una mecha rodeada de materias inflamables, indicio de que no se ha tratado de un bombardeo, y que viene a agregarse a otros más vehementes, señalados ya.

Por otra parte, los alemanes se jactaban y vanagloriaban del incendio de la fábrica y de la muerte de su jefe, antes de saber que la diplomacia iba a intervenir en el asunto, siempre, según me afirman testigos presenciales. En el interrogatorio, el general

alemán no hizo a la viuda pregunta ni alusión alguna, sobre los archivos quemados y la bandera dilacerada y arriada por los alemanes antes del 27 de agosto, día, en que presos y presas fueron puestos en libertad : y cuando Mme. Himmer quiso hablar de ello, el militar la interrumpió, preguntándole si lo había, visto personalmente ...

En cuanto a la investigación, el general alemán hizo una visita a la casa particular de M. Himmer, interrogó a la criada, a quien estaba encomendada su custodia, haciéndole firmar una declaración que ella misma no leyó. Es de notar, además, que, deseando volver a su casa, Mme. Himmer había hecho, según lo afirma, componer todas las puertas, postigos, cielos rasos y techos destrozados por la soldadesca, recoger todos los restos de espejos, muebles y demás que cubrían el suelo, y limpiar las inmundicias que llenaban la casa de alto abajo ...

Tales son los informes que respecto del fusilamiento del vice-cónsul Himmer, el saqueo de Dinant y lo que sucedió en seguida, puedo comunicar por ahora, sin tiempo para más que escribir atropelladamente estos renglones.

He tenido, en efecto, que venir venciendo las dificultades que presenta un país ocupado e incomunicado, y haciendo luego un enorme rodeo de Bruselas a Maestricht en automóvil, y de Maestricht a Amsterdam en un tren entorpecido por la movilización del ejército holandés, tren

que tardó seis horas en hacer un trayecto en que ordinariamente invierte tres. Y el vapor – el Frisia, que llevara esta carta – sale mañana a mediodía !

*

He aquí, en síntesis, los detalles sobre la muerte de D. Julio Lemaire, el infortunado canciller en nuestro consulado general de Amberes :

El Sr. Lemaire, ex capitán en el ejército holandés y persona muy ilustrada y culta, ocupaba su puesto desde hace más de veinte años, con excepcional competencia. Poseía varios idiomas a fondo pero, al hacerse cargo de su puesto, se dedicó especialmente al conocimiento del castellano – y llegó a saberlo a perfección – para ser lo más útil que fuera posible al país a cuyo servicio estaba. Cuantos argentinos han acudido a él declaran que era un perfecto caballero y que se desvivía por allanarles toda dificultad, mientras que los consules tuvieron un canciller tan puntual, bien informado y solícito, un auxiliar de primer orden y un avisadísimo consejero. Frisaba en los 55 años.

Cuando los alemanes comenzaron el sitio de Amberes, cuando la inmensa mayoría de la población huyó, refugiándose en los países vecinos, M. Lemaire, que habitaba con su familia en la rue du Palais número 40, envió a los suyos a Holanda, y pese a sus obstinadas

súplicas y a los consejos de sus amigos, se negó a acompañarlos, resuelto como buen soldado a permanecer en su puesto, aunque el bombardeo fuera inminente, a las órdenes de nuestro cónsul general D. Augusto Belin Sarmiento, que, como sus colegas de Estados Unidos y de España, no se avinieron a seguir la desbandada – justificadísima – del cuerpo consular, afirmando una vez mas la hidalguía de la madre patria y de nuestros hermanos mayores de América.

Estos tres cónsules generales – sea dicho de paso – acompañaron bajo las granadas al burgomaestre de Amberes hasta las líneas enemigas, cuando este magistrado, abandonado en su ciudad, fué a decir al general alemán que Amberes estaba indefensa y que la bombardeaba inútilmente ...

El miércoles 7 de octubre por la noche había comenzado el bombardeo que duró treinta y seis horas, y que hizo en Amberes grandes destrozos – no tan grandes, ay ! como los que han reducido a pavesas tantos otros pueblos y ciudades que he visto a ras del suelo, cosa que contaré cuando no me falten los minutos.

M. Lemaire, entonces, siguiendo un mal aconsejado impulso, general en toda Bélgica, fué a refugiarse en el sótano de su casa.

Estaba en ésta acompañado únicamente por una vieja criada que no había querido acompañar a la familia en su éxodo, ni quiso en la terrible emergencia seguir a su patrón al

sótano ...

De repente, una bomba alemana perforó la techumbre de la casa vecina, el suelo de dos pisos y, atravesando la gruesa pared medianera, fué a estallar precisamente en el sitio en que se hallaba M. Lemaire, a quien fulminó.

El estruendo de la bomba fué tal que la criada huyó, despavorida.

Al día siguiente el cónsul general, que se trasladó al escenario de este drama, no pudo sino comprobar el fallecimiento y dar cuenta de lo ocurrido al gobierno argentino.

Y así murió un leal servidor de nuestra patria.

Roberto J. Payró

Se trata de un extracto de PAYRO, « *Dos representantes argentinos muertos en la guerra* », in LA NACION ; 17/11/1914.